

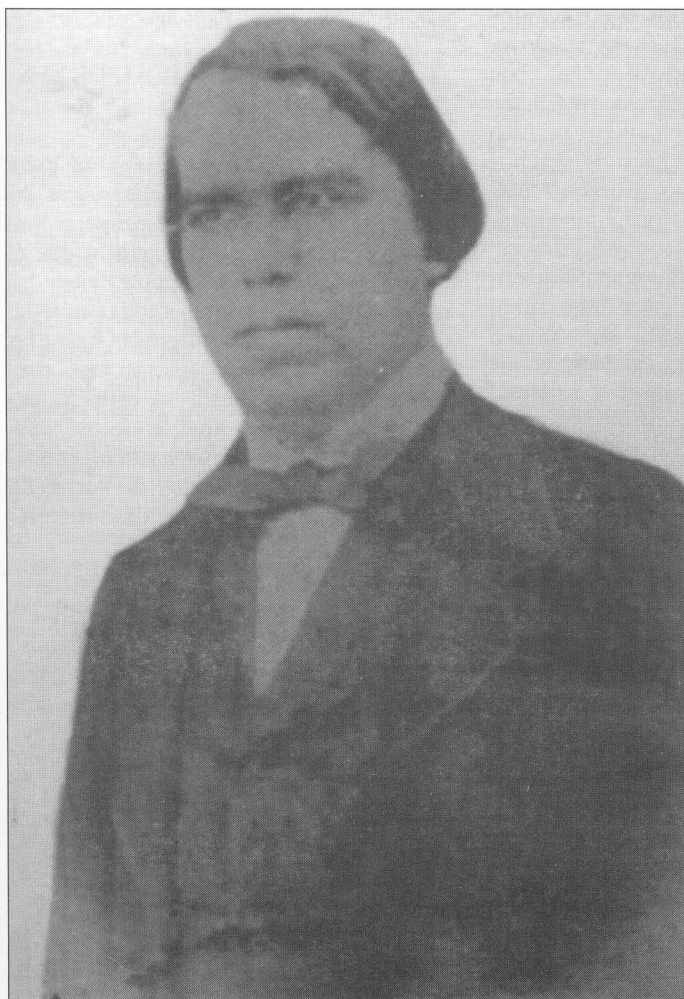
LA VOCACIÓN MUSICAL DE MILLARES TORRES

Nieto del organista de la Catedral de Las Palmas de Gran Canaria Cristóbal-José Millares, familiarizado con la música de instrumentos de arco merced a su tío Cristóbal (viola) y a su padre Gregorio (violonchelo) y discípulo de violín y composición del escribano público Manuel Sánchez, por cuya influencia realizó también los estudios de notariado, Agustín Millares Torres (1826-1896) vislumbró desde muy joven su clara vocación de músico y de escritor. Al acabar su adolescencia había escrito ya poesías, teatro y novelas cortas, así como compuesto músicas varias para las reuniones de cámara de su entorno familiar, para la banda militar en la que tocaba el requinto de clarinete y para la orquesta ciudadana dirigida por Lentini, en la que tocaba el violín. Trabajador incansable y cabeza bien ordenada, asu-

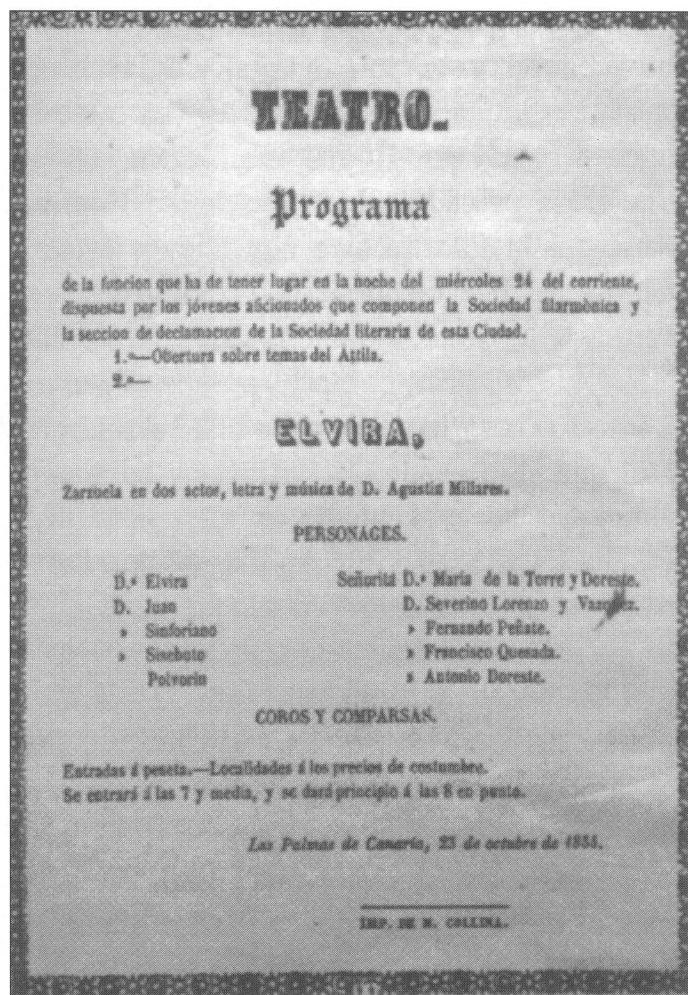
mió en 1845 la secretaría de la Sociedad Filarmónica de Las Palmas, fundada por Lentini y sus músicos en aquel momento, la cual se inauguraría es-trenando algunas obras de nuestro joven compositor y de otros autores, y en cuya orquesta seguiría interviniendo éste como violinista y ocasionalmente como director.

LA ILUSIÓN DE TRIUNFAR COMO OPERISTA

A sus veinte años de edad, con un importante bagaje musical y



Agustín Millares Torres hacia 1860



Programa de la zarzuela de Millares "Elvira" (1855)

teniendo las espaldas cubiertas por haber culminado ya su bachillerato y sus estudios de notariado, Agustín se dejó llevar por su apasionado corazón de artista y decidió probar el triunfo como compositor de óperas (su gran ilusión) por los teatros del mundo. Marchó al Conservatorio de Madrid a perfeccionar su técnica musical —ya más que aprendida, como lo demuestran sus tempranas composiciones—, y allí tuvo a los mejores maestros de España a su disposición durante dos años. Llegó a

concluir, bajo la supervisión de Carnicer, el primer acto de su ópera "Adalmina", la que años después, por imperativos prácticos, transformaría en zarzuela. La inesperada muerte de su padre y la realidad de su madre y hermanos menores en precaria situación económica le obligaron a regresar precipitadamente, truncándose así una trayectoria indudablemente prometedora.

A su regreso a Gran Canaria, Millares apostó por su irrenunciable vocación artística, y así asumió la dirección del la Orquesta Filarmónica y, para sobrevivir, se dedicó a la enseñanza musical privada y, gratuitamente, a la pública. Durante doce años (hasta 1860) lo intentó contra viento y marea y con todas las fuerzas de su corazón. Sacó adelante a sus hermanos mientras se iba hundiendo en las necesidades crecientes de una familia propia cada vez más numerosa. Finalmente, tras haber diversificado sus esfuerzos asumiendo también otras tareas, como por ejemplo las del periodismo, se convenció de que su ansiado proyecto de compositor operista sólo era posible en otro ambiente, con otra orga-

nización de vida y con un sustento económico más firme. El ambiente había que cambiarlo, pero lo demás estaba inmediatamente a su alcance; en 1860 solicitó la revalidación de su título de notario, hizo prácticas con Sánchez y, finalmente, abrió su propia notaría, abandonando la enseñanza musical y la vida pública como artista, pero alcanzando de inmediato su independencia económica y un bienestar propicio para la creación.

No obstante, Millares Torres continuó atendiendo al frente de la Filarmónica las sesiones concertísticas privadas de esta sociedad y sus compromisos con la catedral. Pero su desinterés frente al público fue creciente. Sus propios discípulos clamaban otra cosa y pretendían una renovación orquestal diferente, viéndose ya con malos ojos que la orquesta estuviera copada por los parientes del director (su tío Cristóbal, sus tres hermanos músicos, sus primos, sobrinos y adláteres...), mientras había otros instrumentistas notables en la población que no participaban.

RUPTURA, SIN PERDER EL NORTE

El detonante para la ruptura sobrevino en marzo de 1866, cuando Millares pretendió que su hija Dolores, adolescente



Autógrafo musical de Agustín Millares Torres

de bellísima voz de soprano, interviniera cantando algunas arias religiosas en los oficios de cuaresma de la catedral. “¿Una mujer cantando en la Iglesia? ¡Qué injuria para el Altísimo! ¡Ni hablar del asunto!”. Así que Millares organizó dos grandes “conciertos sacros”, con la música que tenía preparada, en los salones del Gabinete Literario, incluyendo a su hija... y dejó a la catedral sin música aquella Semana Santa (lo que no había

ocurrido durante los últimos cuatrocientos años). El escándalo en la población fue mayúsculo, y Millares Torres sufrió incluso el rechazo de muchos de sus propios discípulos que, inmediatamente, “refundaron” la Sociedad Filarmónica para dejar fuera de ésta a nuestro músico y a todos sus parientes.

Nuestro artista se sintió muy dolido; pero desde entonces, y hasta el fin de sus días, no dejó de cultivar la música en la más estricta privacidad: organizó un teatro en su propia casa y allí, con sus parientes y amigos más íntimos, continuó haciendo música, estrenando sus zarzuelas románticas y... proyectando ya sin prisas su gran ópera “Abnegación”. Concluyó de componerla en reducción para piano al alcanzar la última década del

siglo, iniciando entonces la orquestación de la misma, que no llegó a culminar. En el último lustro de su vida, según nos testimonia su hijo Agustín, le embargó un gran desánimo. En la poca prisa que tuvo por acabar su ópera debió influir también el que el arte musical hubiera progresado muchísimo, y él mismo debió ser pronto consciente de que, como compositor, estaba muy desfasado por el aislamiento padecido aquí desde su regreso de la Península...

LA HERENCIA MUSICAL DE SUS EMPEÑOS

Nos legó Millares Torres un buen número de composiciones de todas las etapas de su vida: desde las primeras fantasías y variaciones para violín que él mismo tocaba de adolescente, hasta las más complejas oberturas a toda orquesta; desde simples arias religiosas hasta las más solemnes “misas” y “pasiones” para coros y orquesta; desde su primera zarzuelita “Un disfraz”, que se ejecutó todavía en vida de su abuelo, hasta los primeros números orquestados de su ópera, pasando por una docena de zarzuelas dignas de recuperarse.

La solvencia de Agustín Millares Torres como historiador de Canarias y sus desvelos como defensor del progreso de su isla, han eclipsado su labor como creador musical, acaso con justicia, pero es cierto que fue la música el arte que sentía y en el que creyó, albergando siempre el íntimo convencimiento de haberse frustrado para su vida, por causa del aislamiento y de las dificultades de su entorno, la verdadera senda de su vocación artística.

LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

TEATRO.

La Sociedad Filarmónica de esta ciudad, ha dispuesto para el jueves 22 de este mes, una función bajo el siguiente

PROGRAMA.

1.ª Obertura del Nabuco.
2.ª

PRUEBAS DE AMOR,
zarzuela en tres actos, letra y música del profesor D. Agustín Millares.

PERSONAJES.

Inés	Srta. D.ª María Torres de Doreste.
Beatriz	> D.ª Candelaria Suarez.
D. Luis	D. Severino Lorenzo Vazquez.
D. Tadeo	> Francisco Quesada.
El Marqués del Encinar	> Fernando Peñate.
Anton	> Antonio Doreste.

Coros y comparsas.

El despacho de billetes, principiará el miércoles 21 á las 4 de la tarde.

Localidades, á los precios de costumbre. — Entrada, á peseta, á las 8 1/2

Las Palmas, mayo 21 de 1856.

— Imp. de M. COLLINA.

Programa de la zarzuela de Millares “Pruebas de amor” (1856)